

MARTA SEGARRA MONTANER

## REPERCUSIÓN DEL EXILIO EN LA OBRA LITERARIA DE JORGE SEMPRÚN

Jorge Semprún es actualmente más conocido por sus actividades políticas que por las literarias pero, a mi juicio, su producción novelística es fruto de un trabajo lingüístico que merece ser estudiado. La guerra y el exilio marcaron profundamente, desde su inicio, la personalidad y la obra de Semprún. Éste nació en Madrid en 1923, pero su familia tuvo que exiliarse al estallar la guerra civil, instalándose definitivamente en París. Durante la Segunda guerra mundial, cuando tenía veinte años, Semprún fue detenido por la Gestapo y enviado al campo de deportación de Buchenwald. Estas experiencias dejaron una clara impronta en sus novelas.

En primer lugar, todas ellas tratan de temas relacionados más o menos directamente con su vida: la clandestinidad, la guerra, el exilio... Sus personajes son frecuentemente seres desarraigados, que no acaban de encajar en una sociedad ajena a ellos. *La Montagne blanche*<sup>1</sup>, por ejemplo, está protagonizada por un escritor de origen español afincado en París, cuyo mejor amigo es un pintor nacido en Praga que también ha abandonado su lengua y su país para refugiarse en Francia.

*L'Algarabie*<sup>2</sup>, obra que podría figurar dentro del género de la «política-ficción», puesto que transcurre en el París de los años setenta tal y como hubiera sido si las revueltas de Mayo del 68 hubiesen culminado en el establecimiento de una segunda Comuna, describe el peculiar idioma y costumbres de un grupo de inmigrantes españoles y corsos. Y el protagonista de *L'évanouissement*<sup>3</sup> es un joven de origen español que lucha en la Resistencia francesa y que es enviado a un campo de concentración.

Sin embargo, la repercusión que considero más importante del exilio sobre la obra de Semprún (y que constituye el objeto de esta breve comunicación) es la elección por parte de éste del francés como lengua literaria. Su primera novela, *Le long voyage*, fue redactada directamente en francés, aunque el escritor vivía entonces en Madrid y se expresaba siempre en castellano. Esta decisión fue, por tanto, plenamente consciente y obedeció a razones complejas. Una de ellas es que la

---

<sup>1</sup> Jorge Semprún, *La Montagne blanche*, Gallimard, NRF, París, 1986.

<sup>2</sup> Jorge Semprún, *L'Algarabie*, Fayard, París, 1981.

<sup>3</sup> Jorge Semprún, *L'évanouissement*, Gallimard, NRF, París, 1967.

formación literaria de Semprún había sido mayoritariamente de signo francés. Pero existen también otras causas, como él mismo declara:

Mi relación con el castellano es evidentemente de amor/odio. Me parece una lengua bellísima, desde luego infinitamente más rica que el francés, pero con el enorme peso negativo de haber sido lengua imperial, lengua retórica, pasto de conferenciantes que se creen Dios<sup>4</sup>.

De las ocho novelas que ha escrito Semprún, sólo una ha sido redactada en castellano. Se trata de la *Autobiografía de Federico Sánchez*<sup>5</sup>, premio Planeta 1977. Podríamos pensar entonces que el escritor recurre al francés para los libros donde predomina la ficción, y al castellano en aquéllos donde se cuentan sus experiencias realmente vividas. Esta hipótesis sería reafirmada por el propio autor en su novela *L'Algarabie*, ya que el protagonista de ésta, Rafael Artigas, es un escritor de origen español que utiliza el castellano para sus escrituras «íntimas»<sup>6</sup> pero escribe novelas en francés. No obstante, esta distinción es inaplicable a la obra de Semprún. Como ya hemos señalado, todas sus novelas están basadas en hechos supuestamente autobiográficos, aunque sus personajes sean ficticios. Asimismo, la *Autobiografía de Federico Sánchez* está estructurada tan novelescamente que no puede considerarse una simple colección de recuerdos.

Por otra parte, escribir en un idioma que no es el que se aprendió en la infancia tiene sus ventajas: el escritor puede redescubrir los mecanismos de la lengua, conservar su capacidad de sorpresa ante giros inesperados y valorar asociaciones de palabras que permanecerían ocultas para un nativo bajo la influencia de un conocimiento demasiado interiorizado para poder ser crítico. Semprún adopta una actitud analítica frente a la lengua francesa. Su preocupación por el lenguaje sorprende al lector no avisado, dado que se trata de un escritor que parece encajar en el marco de la novela política o social, y ésta ha demostrado tradicionalmente muy poco interés por el «estilo» y por disquisiciones eruditas sobre el lenguaje. Semprún se aleja de esta postura. Sus obras están salpicadas de reflexiones lingüísticas que se integran perfectamente en el relato. Constituyen, en definitiva, una parte sustancial de éste aunque a menudo estas observaciones están hechas en tono irónico, alejándose de toda pretensión docta.

Un ejemplo de estas reflexiones lingüísticas se encuentra en *L'Algarabie*. Semprún narra cómo la palabra «san-sulpicio» se convierte en sinónimo de burdel, de la misma forma en que en el París de 1840 «lorette» designaba a una mujer de costumbres ligeras, pues éstas vivían en su mayor parte en el barrio adyacente a la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette. Este deslizamiento semántico se complica doblemente: los inmigrantes de origen latino o árabe, al vacilar en la pronunciación de «san-sulpicio», lo convierten en «san-suplicio». Este lapsus fonético, pero que conlleva también ciertas implicaciones metafóricas, demuestra para Semprún que «el lenguaje está estructurado como un inconsciente»<sup>7</sup>.

Más adelante, hablando del «sexismo» de los adjetivos, Semprún concluye que el lenguaje está estructurado también «como un ser social», e intenta paliar lo que considera sus defectos:

<sup>4</sup> «La Vanguardia-domingo», 24 de enero de 1988, pág. 10.

<sup>5</sup> Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977.

<sup>6</sup> Semprún, *L'Algarabie*, pág. 33.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 59.

todo lector o lectora interesadas (este femenino plural no es una falta de francés de un Narrador que, según ciertos indicios (...), podría ser de origen meteco o quizá germánico. Es simplemente una decisión madurada: de vez en cuando este relato va a romper el sexismo masculinizante de los adjetivos, que siempre, en plural, concuerdan con el género viril, aunque califiquen objetos o seres de género distinto. Ya es hora, efectivamente, de aportar un toque de desorden creador al perfecto reglamento del lenguaje)<sup>8</sup>.

Semprún asume pues una postura distanciada y crítica frente al lenguaje en general, no sólo frente a la lengua francesa, visto que sus relatos están sembrados de comentarios sobre expresiones francesas y también españolas. En *L'Algarabie*, por ejemplo, encontramos una digresión de dos páginas<sup>9</sup> sobre las diversas acepciones (sesenta y una según Littré) del verbo «tomber». En tono jocosos, el narrador comenta: «on tombe beaucoup dans la langue française» y seguidamente, según él mismo confiesa, «se inmiscuye subrepticamente [...] en los arcanos y sutilidades de la lengua francesa». Esta actitud irónica pero analítica es característica, como decíamos, de un hablante no nativo o, por lo menos, bilingüe. Porque Semprún recoge también asociaciones de palabras típicamente españolas, cuya extrañeza o pertinencia es puesta en relieve al ser traducidas al francés. Una de dichas expresiones es «tener ángel», que resulta en: «elle a de l'ange».

En una reciente entrevista, Jorge Semprún se definía como bilingüe, declarando: «Yo me siento muy a gusto, de cierta manera, en esta esquizofrenia idiomática. Y en el fondo, el bilingüismo me parece una buena cosa.» A lo cual añadía: «Si tuviera que escoger una de mis dos lenguas, enloquecería»<sup>10</sup>. Este bilingüismo es debido, como hemos dicho, a sus circunstancias vitales y a su formación. Según el propio Semprún, sus dos idiomas, el francés y el español, son para él «como capas geológicas: una con el castellano de la infancia; otra con el francés del colegio; otra francesa, de la resistencia y la deportación; la española de la clandestinidad y las amistades de la juventud; la francesa de la vida cotidiana en París; el lenguaje del cine»<sup>11</sup>.

Sin embargo, el bilingüismo es un atributo arriesgado para un escritor, porque las dos lenguas pueden interferir entre sí, tanto en el plano de la sintaxis como en el del léxico, provocando la aparición de barbarismos o la traducción literal de giros característicos de uno de los dos idiomas. En cuanto a la sintaxis francesa de Jorge Semprún, cabría hablar de una posible influencia de la lengua castellana, más proclive a digresiones y a infinitos meandros en una misma frase, sobre su estilo en francés. Pero esta sintaxis sempruniana que acoge favorablemente las oraciones subordinadas, formando a menudo frases interminables, ha sido considerada también el producto de una influencia proustiana y, por tanto, de origen ortodoxamente francés.

Otra gran peligro que entraña el bilingüismo, sobre todo si acontece entre dos lenguas tan próximas como son el castellano y el francés, reside en el campo lexical. La aparición de barbarismos causados por dicha contigüidad es casi inevitable. Semprún asume este riesgo encarándose frontalmente a él: *L'Algarabie*, por ejemplo, es una palabra que no existe en francés. Dar un hispanismo por título a una obra francesa no deja de ser una osadía. No se trata además de un caso aislado: en ésta y en otras novelas aparecen barbarismos que son debidamente remarcados por el

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>9</sup> *Ibid.*, págs. 226-228.

<sup>10</sup> «La Vanguardia-domingo», 24 de enero de 1988, pág. 9.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 16.

escritor. Estas incorrecciones voluntarias son generalmente traducciones literales de palabras o de modismos españoles. Obedecen, en su mayoría, a un deseo de acrecentar la expresividad, de perfilar un matiz semántico no existente en francés (ya que Semprún piensa que el español es una lengua «infinitamente más rica»). Al principio del capítulo tercero de *L'Algarabie* encontramos uno de estos hispanismos: «Le soleil venait de franchir, à l'est-sud-est, la limite des toits qui bordaient l'espace verdoyant de ce jardin récollet»<sup>12</sup>. Seguidamente, el narrador reconoce, entre paréntesis, la dudosa filiación francesa de esta última palabra: «(Mais non! D'où lui vient ce mot? Bien sûr, encore un hispanisme! "Récollet" ne concerne en français que les franciscains réformés [...] En espagnol, ce mot s'applique également, par prolifération sémantique, aux moeurs et vêtements de ceux, même s'ils ne sont pas ecclésiastiques, qui vivent hor des bruits et des fureurs mondaines, et finalement aussi aux lieux propices à la vie méditative: d'où jardin récollet. Donc, ce n'est pas si mal dit.)»

Otros barbarismos que figuran en el texto no son atribuidos al narrador sino que están en boca de algunos personajes, y su objetivo es entonces el de caracterizar el habla de determinados grupos, como el de los españoles inmigrados a París. Éstos, según nos indica el narrador, hablan un «saber», una mezcla de español y francés que ya no es ninguno de los dos idiomas, y del cual se nos dan numerosos ejemplos. Los hispanismos redundan, en algunos casos, en un análisis sociológico e incluso político. En *Netchaïev est de retour*<sup>13</sup> se esboza, por ejemplo, un análisis lingüístico de un comunicado (real) del grupo terrorista «Action Directe». Dicho comunicado está plagado de hispanismos, lo cual permite al narrador inferir ciertas conclusiones político-lingüísticas.

El bilingüismo de Jorge Semprún plantea del mismo modo otra cuestión, la de la traducción de sus novelas al español. Casi todas ellas han sido ya traducidas en nuestro país, pero ninguna por él mismo, lo cual sería lógico tratándose de un escritor bilingüe. Semprún afirma que «nunca podría traducir un libro mío; en primer lugar porque el traductor debe respetar al autor y yo no tendría por qué; además, terminaría por reescribirlo». A pesar de ello admite que le resulta muy extraño «leerme en un castellano que es el de otro pero firmado por mí». En cambio, cuando su única novela escrita directamente en castellano, la *Autobiografía de Federico Sánchez*, fue traducida al francés, dicha extrañeza no se produjo, «como si el castellano fuera la lengua de la última instancia, la que verdaderamente me representa hasta el extremo de plantearme, en una versión ajena, una especie de crisis de identidad»<sup>14</sup>.

Podemos deducir entonces que el bilingüismo de Jorge Semprún no es absoluto, puesto que, si bien el francés constituye su instrumento literario, el castellano es quizá su primera lengua, el idioma en el que se siente implicado más personalmente. El interrogante que nos planteábamos al principio, es decir por qué un escritor bilingüe dedice expresarse en una lengua y no en la otra que domina, permanece irresuelto. Tal vez la mejor respuesta que ha aportado a él es la de Joseph Brodsky que, citado por el propio Semprún, afirma: «El idioma no es el medio de la poesía; al contrario, el poeta es el medio del lenguaje... porque el idioma vive en sí, fuera de nosotros»<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Semprún, *L'Algarabie*, pág. 97.

<sup>13</sup> Semprún, *Netchaïev est de retour*, Jean-Claude Clattès, París, 1987.

<sup>14</sup> «La Vanguardia-domingo», 24 de enero de 1988, pág. 14.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 9.